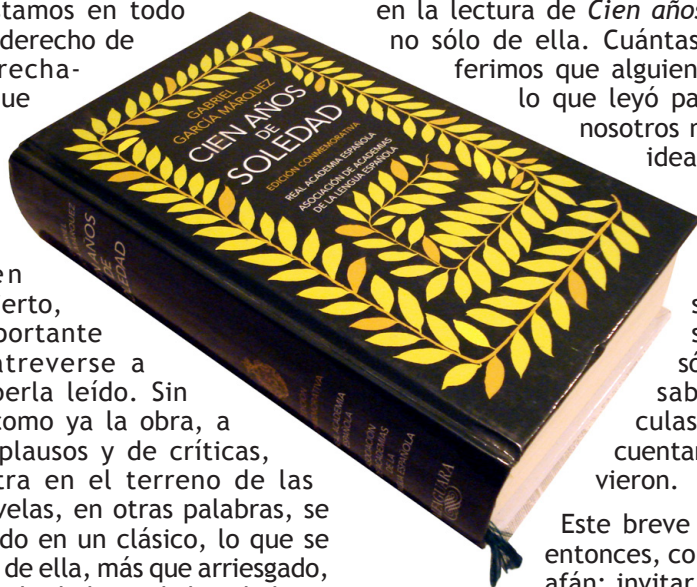


Cien años de soledad y el éxodo latinoamericano

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

Con el papel en blanco y muchas palabras tratando de escapar por los labios, uno dizque intenta decir algo nuevo sobre *Cien años de soledad*. Puede gustarnos o no gustarnos; como obra literaria estamos en todo nuestro derecho de amarla o rechazarla, sin que nadie nos diga qué pensar de ella. Muchas cosas se pueden decir, es cierto, mas lo importante es, para atreverse a hablar, haberla leído. Sin embargo, como ya la obra, a pesar de aplausos y de críticas, se encuentra en el terreno de las grandes novelas, en otras palabras, se ha convertido en un clásico, lo que se pueda decir de ella, más que arriesgado, cae en el suelo de lo ya dicho, de lo ya advertido por alguien, en otro tiempo y en otro lugar y hasta de mejor manera.



Al lado de la novela, se acumulan día a día más y más papeles que la explican, la interpretan, la resumen, la elogian o la amonestan. La montaña de documentos de este tipo muchas veces nos oculta la experiencia personal de vivir y refugiarnos un buen número de horas en la lectura de *Cien años de soledad*. Y no sólo de ella. Cuántas veces preferimos que alguien nos cuente lo que leyó para hacernos nosotros mismo a una idea. Espero que esta comparación no resulte engañosa, es como si a alguien sólo le gustara saber de películas por lo que cuentan quienes las vieron.

Este breve texto nace, entonces, con un sencillito afán: invitar a la lectura de la novela de García Márquez. Tengo, pues, como una vocación evangelizadora en la que doy testimonio de la calidad y congratulación que me ha producido *Cien años de soledad*, para tratar de contagiar, como dulce pasión, una lectura que sólo cada uno puede realizar.

¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Escritor. Profesor del Departamento de Humanidades adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. lufevata@hotmail.com

Hecho el llamado de atención, quiero dar cuenta de una de las múltiples versiones en las que se puede leer la obra. Me evito, y les evito a ustedes, la engorrosa muestra de personajes y relaciones que resumirían lo que sobresale en una simple lectura. Pero, como obra maestra, *Cien años de soledad* es más que la historia de una familia que, generación tras generación, espera el maldito nacimiento de un niño con cola de cerdo. Es esto, que sobresale, aunque también mucho más. Gabriel García Márquez, hasta donde tengo conocimiento o me alcanzan algunos recuerdos, ha dado dos definiciones de lo que puede ser su grata novela. Por un lado, ha dicho que *Cien años de Soledad* es un vallenato de seiscientas páginas, definición sorprendente para nosotros que tan poco contacto tenemos con el aire tropical de la costa colombiana. Y, de otra parte, la tesis clásica de lo que es la novela como la pieza clave de la soledad latinoamericana. Metáfora o indagación literaria de la aventura del nuevo continente. Miradas sin apasionamientos, ambas definiciones pueden mantenerse a la luz de la lectura que hacemos de la obra; incluso podemos decir que pueden ser muchas más las versiones que se tejen alrededor de la gran novela. Por ejemplo, hablar de ella como una obra que explora lo que han sido la historia de Colombia o el devenir de nuestra violencia, no es tampoco errado. En *Cien años de soledad* son muchos los capítulos de nuestra historia palpitando página tras página. No son extrañas ni la violencia bipartidista de la mitad del siglo ni las masacres que han venido dejando herida la singular forma de ser colombiana. Por todas partes aflora la violencia, camuflada en el honor mancillado, en la defensa del patrimonio y hasta en la seguridad

de la nación. Así, *Cien años de soledad* es también la crónica de nuestras vergüenzas y de nuestras concepciones más primitivas de venganza.

Eso es, entonces, por un lado. Pero, por otro, hemos esbozado también lo de los vallenatos como particular lugar común de los pasos que se recorren en la novela. Sin duda, García Márquez no pensaba en el vallenato tal y como nosotros lo escuchamos hoy en día, mezcla mercantil de acordeón con reggeatón como para dar a entender que algo queda del caribe colombiano en la música que sin parar repiten las emisoras dizque de crossover. No, en eso no pensaba Gabo cuando decía que *Cien años de soledad* es un vallenato de seiscientas páginas. Las letras, los cantores, una caja, una garganta y una guacharaca, en eso pensaba nuestro Nobel de Literatura. Al respecto, él escribió: «No hay una sola letra en los vallenatos que no corresponda a un episodio cierto de la vida real, a una experiencia del autor. Un juglar del río Cesar no canta porque sí, ni cuando le viene en gana, sino cuando siente el apremio de hacerlo después de haber sido estimulado por un hecho real. Exactamente como el verdadero poeta. Exactamente como los mejores juglares de la estirpe medieval».

Con el vallenato en *Cien años de soledad* no acercamos más a las raíces que a las posteriores manifestaciones de la música costeña; estamos más cerca de Francisco el hombre, el acordeonero que retó al diablo, de Alejo Durán y Rafael Escalona. Son ellos los nuevos cronistas de Indias que pasan por los caminos de Macondo narrando sus historias y dejando en sus gargantas el amor por la tierra y sus canciones. Como muchas cosas en la obra, el vallenato funciona bien con *Cien años de soledad*.

Pero, ¿qué rastrean los cantores valleenatos?, ¿por qué digo que son ellos los nuevos cronistas de Indias? La historia se encuentra en *Cien años de soledad*. Otra parte de ella la encontramos en el discurso de recepción que pronunció nuestro premio Nobel de Literatura. La novela es un intento por explicar la condición del hombre latinoamericano, sus conflictos, sus esperanzas, sus alegrías. La soledad de América latina es apenas un atisbo del papel que, como pueblo joven en la historia del mundo, venimos a desempeñar. Somos los marginados, los que se miran con distancia y con gusto exótico. Eso en primera instancia. Somos esas cosas hace poco más de cuatrocientos años, pero también somos la fiesta del mundo, la sal de la tierra, como dice el evangelista. En la raza tradicional americana y en el panorama mestizo notamos como se le da un tono distinto al festival que es la vida en el mundo. Sin América, el mundo no tendría, al menos, una sospecha de lo que sería la versión completa de un cuadro, cuadro que no tiene todos los colores ni mucho menos todos los trazos. No obstante, América ha estado sola, como la que llega cuando parece que la noche está cerrando y la historia de la fiesta está terminando.

Así, somos mirados con sospecha, como los pobres que buscan un mejor futuro, como si nuestro relato fuera el de un gran lamento que los demás desatienden. Lo primero que debemos demostrar al resto del mundo —dice García Márquez enfatizando en la noción de colombiano— es que somos inocentes, que no llegamos a hacer daño; tradúzcase esto en que no llegamos a otras partes ni a llevar droga, ni a formar pandillas, ni a secuestrar. Sobre todos, sin advertirlo, se cierne una mirada astuta que no nos quiere perder de vista y vigila cada uno de nuestros pasos. Esa es la sensación de soledad

de los americanos, la que experimentan nuestros familiares y amigos al llegar a otras partes: mucho progreso, todo confortable, mucho brillo, pero mucha soledad. En sus pretensiones, *Cien años de soledad* nos acerca a una triste noción en la que todos terminamos cayendo, como si se tratara del eterno retorno del que habló alguna vez el conflictivo Nietzsche.

Desde el principio, José Arcadio huye de su región y de su gente porque ha causado la muerte de un viejo compadre de la gallera. Se reúnen así los diferentes viajes que ha dado la historia de la humanidad. Desde el comienzo de nuestras vidas, se nos ha contado que Adán y Eva, por causa de su pecado, han estado condenados a peregrinar. Errante es la raza judía que busca incansable la tierra prometida tras la grandiosa figura de Moisés. Jacob, después de su sueño, levanta la primera piedra para hacer de su casa la morada de Dios. Y así también el abuelo de García Márquez huye de su tierra para buscar el refugio de quienes quieren matarlo. El desplazamiento está en nuestras entrañas y hace parte de todas nuestras historias. Todas las versiones de la colonización son crónicas de la huida, del escape en busca de mejores oportunidades o de un respiro para la vida. Hasta los antioqueños asomaron sus narices por estas tierras caldenses huyendo de lo que eran en su región.

A tal punto llega nuestra condición que sería difícil entenderla sin ese singular éxodo del que somos presas. Cada uno busca dejar sus amigos, sus familias, lo que es y lo que ha sido, sólo porque tenemos la noción de que en otras partes se encuentra lo que aquí no tenemos. Recuerdo que alguna vez Fernando Vallejo —que no debería citarse en un homenaje a García Márquez— dijo en la radio

algo muy honesto, aunque peculiar en su forma de ser: no se trata de andar por el mundo buscando el paraíso, el paraíso no se encuentra en ninguna parte, ni en este lado ni en el otro. “Los verdaderos paraísos son los paraísos perdidos”, ha sentenciado Proust. Es como suponer, digo yo, que la felicidad se nos dosifica en una que otra píldora para remediar nuestras tristezas.

El éxodo es una señal que se tiende desde los primeros pasos de José Arcadio en busca de su paraíso, en busca del lugar en el cual hacer fecundo su amor por Úrsula Iguarán, su prima, y ver crecer tranquilamente a sus hijos. Funda Macondo, territorio metafórico del caribe para reunir en sí mismo a todo el pueblo latinoamericano. José Arcadio funda el pueblo, pero es Gabriel García Márquez quien nos da las señales de sus implicaciones. José Arcadio huye de su antiguo pueblo y de su crimen, pero no puede huir nunca de su pasado y de sí mismo. Su condena es ser presa del remordimiento que lo come poco a poco hasta dejarle la mirada perdida junto al árbol en que creció la familia y construyó la casa.

Mientras el pueblo crece y se expande la familia Buendía, la soledad de sus

generaciones se muestra también punzante y viva. La magia va pareja con el ensimismamiento de los hijos que sólo encuentran refugio y señales de alegría en las piernas cobrizas y cálidas de Pilar Ternera o de Petra Cotes. La violencia parece ensañarse por los caminos de Macondo y la sangre corre como el agua dejando huella en las acequias. Todo es bello en *Cien años de soledad*, como imagen del espejo que nos muestra lo que no quisiéramos ser. Todo es cruel en *Cien años de soledad*, como el reflejo de todas nuestras historias y de un pasado del que no podemos huir.

Como colombianos, leer la obra de García Márquez resulta ser una obligación. No como una imposición, sino como un deber. Es un viaje al interior de nosotros mismos, este lugar del que no podemos escapar, por más que queramos hacernos los de la vista gorda. Macondo es América y es Colombia; la soledad es de América y es también nuestra. Llenémonos una y otra vez de magia; en medio de las vergüenzas y tristezas cotidianas, todo puede ser llevadero cuando alguien nos consuela y nos alienta. En este caso es un buen libro, puerto seguro en el que se asientan todo lo que algún día fuimos, todo lo que somos y lo que seremos.

